

Setiembre 10 de 1863.

Maravatío es una población de poca importancia y reducidas dimensiones; posee algunas casas de mediana apariencia, una plaza con dos portales á su frente y dos iglesias que no conocí en su interior. El aspecto general de esta villa es un tanto melancólico: no te digo algo con respecto al carácter de sus habitantes, porque no los traté ni tuve ocasion de verlos, porque solo permanecí algunas horas entre ellos.

Salimos de la población despues de las siete de la mañana y ya el aspecto del paisaje no es tan rico en el camino

que seguimos como el del día anterior; aunque los horizontes son más extensos y los valles grandiosos, que están cortados por sus límites con algunas montañas de líneas elegantes.

Llegamos al Arrollo de la luna, ranchería situada en una pequeña eminencia de aspecto risueño; serian las diez, y mientras mudaban los tiros y uncian yuntas de bueyes para pasar la diligencia de un atolladero que nos esperaba, eché pié á tierra para contemplar la vista que tenia enfrente, con mi espalda hácia el levante, y me recreaba con ver que los rayos de un sol refulgente helos techos y fechadas de las chozas que rian aquí y ahí asomaban por entre los árboles, siguiendo estos una línea por ambos lados, cuyas copas se dibujaban en suaves y caprichosas formas en el límpido azul del cielo.

La plataforma en que estaba situado este pequeño caserío, bajaba su pendiente con ligeros y tortuosos giros, ondulando el terreno que por todas partes vestia una infinita variedad de verdes,

tochcnado con multitud de florecillas para mí desconocidas. Tome algunas de éstas y volví á montar en el coche, comenzando á caminar muy lentamente á causa del extenso y pagajoso lodazal que cruzaba, que tendrá más de una legua.

Yo iba sumido en hondas reflexiones: tan pronto admiraba objetos para mí nuevos y llenos de poesía, como experimentaba emociones dolorosas al ver que cada vez me alejaba más y más de mi país natal. Veía melancólicamente que las flores que llevaba en la mano se marchitaban, y decía: estas flores, hace un momento, se ostentaban frescas y lozanas en su tallo, difundiendo su perfume encantador; pero una mano las arranca y á poco languidecen y se inclinan místicas y marchitas. ¡Y yo—continuaba en mi monólogo—no soy semejante á ellas porque la mano del destino me arranca inclemente de mi hogar, dejando mis queridos lares para lanzarme á otros climas donde la sávia de mi vida no se alimentará ya del ju-

go de los que me alejo? Mis ilusiones queridas, los dorados ensueños juveniles que tanto me arrullaron, veré marchitarse en breve como estas flores olorosas? ¡Ay! ¡Qué incierto es el porvenir del hombre y por qué serie de acontecimientos pasa en su vida, mientras camina á confundirse en el sepulcro!

Continuaba en estas reflexiones, cuando acabamos de pasar el inmenso lodazal: se pararon las yuntas y nosotros continuamos un camino más rápido, que en breve nos puso al alcance de las torres y edificios de Acámbaro.

Llegamos á esta villa á las doce del día; tomé mi equipaje, marchando á instalarme al meson, donde en el acto ajusté mi pasaje para Celaya con un criado que se encargó de buscar acémila para la carga.

Como llevaba una carta de recomendacion para los señores Eguiluces, personas acomodadas de la poblacion, me hicieron una favorable acogida y trataron de hospedarme, empleando sus ins-

tancias para conseguirlo; pero deseaba yo salir muy de mañana y esto me impidió hacer uso de su bondad; sin embargo de admitir un buen caballo y arneses de montar, que me franquearon sin estipendio alguno.

Como te he ofrecido estampar en el papel las impresiones de mi viaje, no extrañarás descienda á pormenores, al parecer insignificantes para los que nunca han viajado, y no conocen, que la menor peripecia de un viaje, tiene su importancia para el que vá recibiendo en todo, el sello de la novedad.

En la conversacion que tuve con los Sres. Eguiluces, descubrimos, casi simultáneamente, que éramos paisanos y amigos de la infancia: esto me causó un verdadero gozo porque hicimos reminiscencia de los placeres que se disfrutaban en tan feliz edad, la única en que el hombre vive exento de cuidados y no punze su corazon la espina del dolor.

Cuando fué un poco tarde, salimos á dar un paseo por la ciudad, la que tiene un aspecto algo melancólico; sin em-

bargo, la mayor parte de sus calles son rectas y regularmente empedradas.

Poseé dos plazas de alguna extension, la primera frente á la parroquia, con una línea de portales, y la otra frente al convento de San Francisco, templo monumental, que engasta en su cementerio una buena porcion de árboles corpulentos, que hacen vistosa y alegre la fachada del edificio.

No recuerdo á punto fijo el número de templos que hay en el recinto de Aeámbaro; pero supongo que no deben pasar de seis, de los que solamente conocí el interior del de San Francisco, que no tiene una ornamentacion notable.

Despues de haber reorrido algunas calles, nos dirigimos al rio, que es por cierto una de las cosas que mas llaman la atencion por el caudal de aguas que arrastra en su cauce y el gran puente, cuya vista es grandiosa, aunque de sencilla arquitectura; pero su longitud que excede de ciento cuarenta varas, lo hacen majestuoso y envida á contem-

plarse, así como las aguas que mojan los enormes troncos de la orilla y van ensanchando el río hacia el Poniente, torciendo su curso, á manera de una serpiente que tuerce su cuerpo en giros ondulantes.

Como soy amante de las bellezas naturales, permanecí largo rato en la ribera del caudaloso río, contemplando el murmullo de sus aguas cristalinas y algunas pequeñas olas que, lamiendo las orillas, se convertían á veces en copos de espuma.

El sol se despedía ya de su ocaso y extendiendo sus dorados rayos, se reproducía majestuoso sobre la superficie de las aguas, tiñéndolas de un rojo vivo que semeja á una corriente de lava, arrastrando rápidamente algunas pequeñas isletas y árboles que á veces se blandían á sus esfuerzos.

Regresamos mi compañero y yo á su casa, saboreando acto continuo un pocillo de rico chocolate.

Los Sres. Eguiluces bondadosamente me instaron á que hiciera oche en

su morada, pero me privé de sus favores, porque deseaba salir temprano para Celaya y no quería causarles molestia con mi madrugada.

En efecto, pasé la noche en el meson, donde, á poco de haber conciliado el sueño, un ejército de chinches vino á cebarse en mi pobre humanidad, quizá para sacarme la sangre que se me hubiese irritado por el molimiento del camino. Desesperado por las lanzadas que recibía de los insectos sanguinarios, encendí la luz y traté de oponer resistencia á los invasores, barriéndolos con el puño, cual otro Gulliver á los míseros liliputienses que apenas excedían de una pulgada.

El resto de la noche apenas pude dormir, porque las picaduras que antes recibiera y las de alguno que otro enemigo que habia quedado emboscado ó en dispersion, no me permitían entregarme por completo en los brazos de Morfeo.

Me levanté antes de las cuatro y arreglamos el mozo y yo las cabalga-

duras; el cielo estaba nebuloso y hacia el Oriente se notaba un velo impenetrable, señal bien demostrada de que llovía por esa parte.

Partimos, y, cuando apenas pasamos el gran puente, el cielo nos envió una descarga cerrada de agua que me infundió gana de regresar á la ciudad; pero la consideracion de que los caminos, oroados ya por un corto verano que habia hecho, se volviesen á poner intransitables, me obligó á proseguir mi ruta, con el alma un tanto angustiada por temor que el chubasco durara todo el dia y nos hundiera en la oscuridad y los pantanos. Agréguese á esto, que en el equipaje que conducia la mula, iba un largo tubo de hoja de lata ya magullado y roto de una parte á causa de los anteriores tumbos del carruaje, y como este era liso, resbalaba á cada paso ó se exponia por su parte fracturada á la accion del agua y ¡oh dolor! temia yo que mi querida coleccion de pinturas y algunas magnificas estampas, fuesen presa del rudo elemento.

Así es que, mal de mi grado, en la oscuridad de la mañana y lo cerrado de la lluvia, tenia que mandar apeaar al criado para que arreglara la carga, desesperado yo de las averías que esta reportaba, de lo mucho que sufríamos con el agua y del tiempo que perdíamos.

Logramos por fin, arreglar el tren lo mejor que se pudo y seguimos nuestra marcha, envueltos siempre en la impertinente lluvia, que no nos abandonó sino hasta el Puerto de Ferrer. Antes de arribar á este punto, que está sobre una cuesta, paramos en una ranchería, cuyo nombre he olvidado, y que contiene en un espacio un grupo de chozas de madera rústicamente dispuestas que presentan, mezcladas á los árboles, un aspecto pastoril y poético. La presencia de los vaqueros que á esa hora, que eran las siete reunian en el recinto sus ganados para la ordeña, las voces femeniles de las mujeres, que hacian las tortillas de sus padres ó esposos, el mugido de las vacas y los becerros, el agua que habia disminuido y el sol que pug-

naba por abrirse paso, haciendo rodar algunas nubes blanquecinas como grandes copos de algodón sobre la falda de los cerros, y la generosa acogida de aquellos rústicos vaqueros, presentaban un cuadro encantador, cuyo marco era la novedad, que por primera vez se presentaba á los ojos con el aspecto de localidades desconocidas.

Tomamos un frugal desayuno, que consistía en dos jarros de tibia y espumosa leche y unas tortillas de harina de trigo que nos presentaban salidas del comal.

Cuando hubimos concluido, creí que esto me costára un par de reales; y, admira la abundancia y la largueza que forma en lo general el carácter de México, ¡tres centavos me cobraron aquellos pobres campesinos por dos jarros de leche y seis ú ocho gruesas y sabrosas tortillas de las que apenas no pude tomar una, guardando mi mozo el resto. Despues dí las gracias á esos hospitalarios rancheros y sin exigir lo vuelto de una peseta que puse en sus ma-

nos, comencé á ascender á la meseta del Puerto, teniendo algunas alternativas de llovizna hasta que nos dejó completamente, pasado el Puerto.

Olvidaba decirte que los caminos del interior al paso que en la seca son planos y cómodos para caminar, en la estación lluviosa se ponen intransitables, porque de un extremo á otro de su anchura, se convierten en un negro lodazal donde las cabalgaduras se hunden hasta los codillos y á veces se pegan como entre un estanque de derretida pez.

El camino que seguimos pasado el Puerto de Ferrer, fué ya algo mas trepado, y de trecho en trecho divisábanos en lontananza á Celaya y el hermoso cerro de Culiacan que es una altura bien regularizada en la punta y en la base. De Acámbaro á la ciudad referida, no hay mas que diez y siete leguas, pero lo fragoso de los caminos y la lentitud con que andábamos, me hicieron creer, que la distancia era el cuádruplo, y esto y no haberme apeado

en todo el día me causó un cansancio insoportable, que dos leguas ántes de llegar à nuestro término ya no podía más: me ladeaba de uno à otro lado de la silla para tomar descanso con las distintas posturas; pero sentia molida la rabadilla, las piernas y la espalda; y... pero llegamos al río, que está á una legua de Celaya y desmonté para pasarlo en una especie de lancha.

Yo he viajado otras veces haciendo jornadas hasta de veinte y cinco leguas á caballo; mas nunca me habia rendido tanto como esta vez, quizá á causa de la lentitud de nuestra marcha, de que no me habia apeado ó del movimiento del caballo en todos los lodazales; lo cierto del caso es, que al apearme, quedé estacado en tierra sin poder moverme y sin sentir las piernas; con inmenso trabajo dí algunos pasos y me senté en una desigualdad que hacia el terreno, esperando que mi mozo descargara los efectos y desensillara los caballos.

Cuando pasamos al otro lado del río, que iba bien crecido, procuramos ensi-

llar y arreglar nuestros objetos sobre la mula, porque á nuestra espalda, hacia el oriente, estaba puesta una negra cortina de agua que anunciaba aproximarse por algunos goterones. En efecto, apénas habiamos andado medio cuarto de legua, cuando furiosa se desató la tempestad, cayendo sobre nosotros torrentes de agua que nos cegaba é impeliéndonos un fortísimo huracan que zumbaba por nuestros oídos como el ruido producido por cien carruajes. Los rayos se sucedian á cada segundo, cayendo tan cerca de nosotros, que nos dejaban aturdidos con su fuerte detonacion y la fosfórica luz que producian. Aquello era ya un trastorno universal que hacia sobrecojer el corazón de espanto. Los animales, azorados por la furia de los elementos, no querian seguir adelante y solo giraban en un punto cabeceando y espantándose al ruido de los truenos. Algunas veces eran frecuentes, que mi caballo me ponía en la direccion del torbellino, éste me arrancaba el sombrero que yo procuraba sujetar inme-

diatamente, y en esta operacion, como que sacaba el brazo poniéndolo perpendicularmente para tomar la falda y esta era cóncava, resbalaba el agua que contenia por entre la manga de la chaqueta, llegándome por el torso del cuerpo hasta los calcañales. La impresion que el frio me causaba al entrár el agua y el aire que recibia de frente mezclado de las gruesas gotas de la lluvia, casi me sofocaba, conteniéndome la respiracion. ¡Oh! tal vez al leer estos renglones, te reirás de la situacion en que me encontré, y la descripcion que hago de ella la craerás fruto, más bien de lo inexperto y poco experimentado que me hallaba de estas escenas de la naturaleza; pero me lisonjeo que hay una enorme distancia al considerar solo con la imaginacion un desborde de todos los elementos, figurándose que á poco aplacan su furia estableciéndose la serenidad del cielo, cómo acontece cuando se vé una de estas tempestades bajode techo y cubierto con los edificios de la ciudad, que cuando estas se pasan en el campo don-

de la soledad, la extension de los campos, lo elevado de las montañas, el eco producido en ellas con el fragor del trueno, y sobre todo por el aspecto imponente y magnífico del conjunto.

Pasó la tempestad que duraria cerca de media hora; los caminos se pusieron intransitables y nosotros procuramos seguir adelante, temiendo que antes de entrar á Celaya, de donde distábamos muy poco, nos sorprendiera nuevamente otro chubasco; no fueron fallidos nuestros temores, porque medio cuarto de legua antes de entrar á la ciudad, volvió el cielo á descargar sus furores sobre nosotros. La tempestad era violenta; acompañada de una fuerte granizada que azotando á los caballos, cabeceaban y daban vueltas sin obedecer el freno. Aunque próximamente habia algunas casas, no me quise guarecer en ninguna de ellas, sino que traté de llegar á la posada para descansar de una vez de las fatigas y mudar la ropa que me chorreaba al cuerpo. Al ir entrando por las calles de la ciudad, segura-



mente fuimos objeto de risa y al mismo tiempo de compasion de sus habitantes, porque la indocilidad de nuestras cabalgaduras nos ponian en la triste necesidad de caminar algunas veces por debajo de los grandes chorros de las canales, que nos hacia parecer á esos muñecos que se ponen en las fuentes en las combinaciones hidráulicas.

A Dios gracias, llegamos al hotel de Guadalupe, donde me apieé quitándome el mozo las chaparreras, que chorreaban torrentes de agua. Subí inmediatamente á tomar un cuarto y no me metí en la cama porque no tenía ropa seca que mudarme, á causa que la que traía, venia en el equipaje muy arpillada. Serian las seis y media, cuando llegué á la poblacion y me metia á la cama; apénas habia pasado una hora, cuando llegó la Diligencia del Interior, que me debía conducir á Querétaro, y salia pasada media hora y tuve el disgusto de no partir porque se me hacia duro volverme á poner la ropa y botas mojadas, por lo que diferí mi viaje pa-

ra la vuelta del carruaje, que se verificó el Domingo á las diez de la mañana. Miéntras, tuve lugar de conocer la ciudad con alguna extension; aunque me faltaba un cicerone que me hiciera algunas explicaciones sobre cosas importantes teniendo algunas veces que detener á algun trausenta para satisfacer la curiosidad que experimentaba para adquirir detalles; pero en la carta siguiente te hablaré sobre la impresion que me causó el aspecto de Celaya, dándote algunas noticias sobre el carácter de sus habitantes.

Adios, consérvate buena, y no olvides al que sin cesar se acuerda de tí.